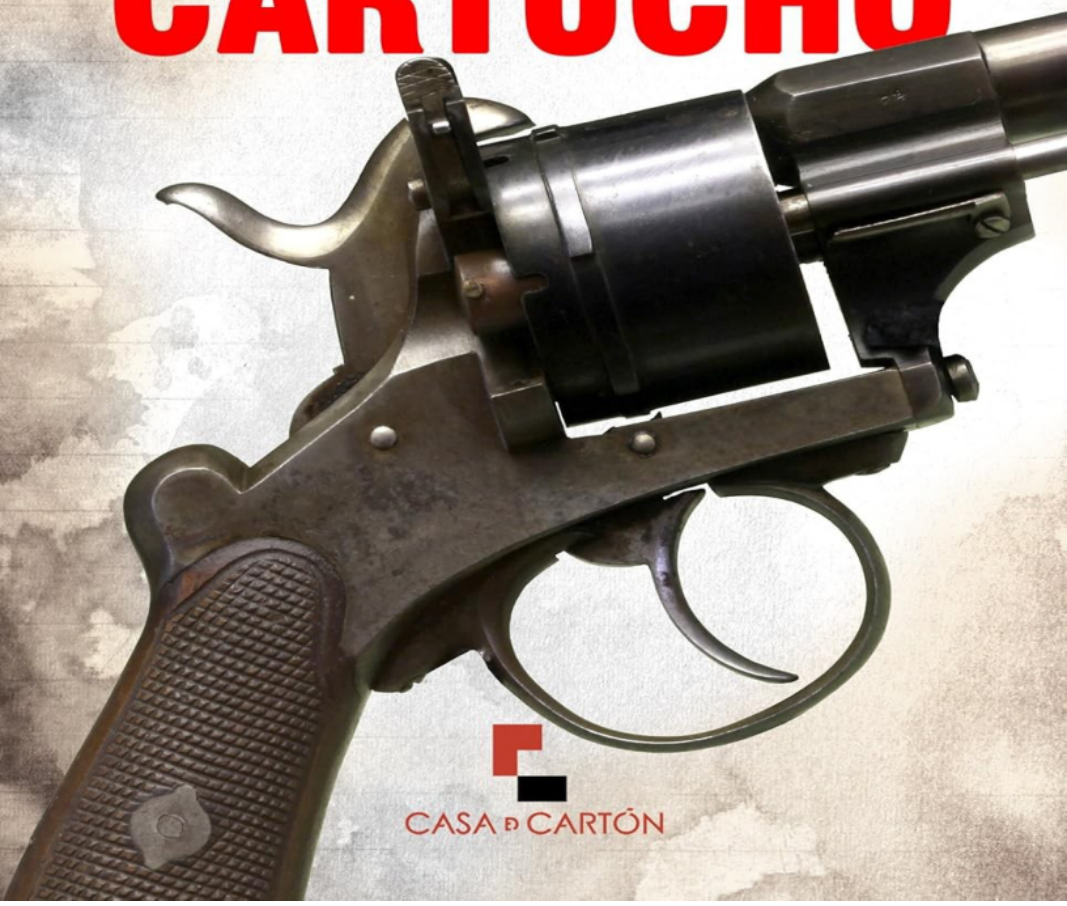
JORGE GUNDEMAR

EL ÚLTIMO CARTUCHO



CASA DE CARTÓN

El último cartucho

Jorge Gundemar

CASA DE CARTÓN

© Jorge Gundemar, 2008
© Editorial Casa de Cartón, 2015

Editorial Casa de Cartón
Calle Arroyo Fontarrón 115, 5B
28030, Madrid - España
www.casadcarton.es
www.casadcarton.com

Primera edición: Octubre 2015

Todos los derechos reservados.

I

—Tal como lo oyes, chico: nada hay peor y más vil que un cobarde… —el coronel Carlos Agustín Belaúnde frunce el ceño.

Hace una larga pausa y exhala el aire pesadamente. La pequeña nube de vapor que sale de sus labios se mezcla con la neblina. Continúa:

—Chico, ¿sabes quiénes son los primeros en abandonar un barco que se hunde?

—No, señor.

—Las ratas —su voz se torna más grave, totalmente tensa—. Las ratas…

El muchacho lo mira serio. Abajo, se puede oír el rumor del mar, inquieto, con las olas atizando las rocas del Morro. El coronel prosigue, indignado, despotricando contra Mariano Ignacio Prado por haberse marchado a Europa hace ya un año. «¿Desde cuándo el presidente de un país tiene que viajar personalmente a comprar armamento, chico?». Las cejas juntas, la frente arrugada. «¿Desde cuándo? ¿Puedes creer tamaña mentira?».

—Ratas… —vuelve a repetir agriamente—. Nada es más vergonzoso que un cobarde…

—…

—Pero tú y yo somos de otra pasta, chico. Eso se ve de lejos.

—Gracias, señor.

—Somo como mi compadre don Nicolás de Piérola. Si él no hubiese tenido el valor de tomar el poder, ¿quién lideraría al Perú en esta guerra?

—No lo sé, señor.

—Nadie. Menos ese Prado que a la primera oportunidad huyó a Europa. ¡Esa rata! ¡Qué diferencia de hombres! Por eso yo soy

pierolista de corazón, chico. Y mi batallón no se rendirá jamás… Te lo aseguro. Aunque esté todo en contra, el deber de cada uno de nosotros está con la patria. Ella está por encima de todo. Por encima de tu vida misma.

—Sí, señor.

—Pero no te voy a mentir, chico. La situación es grave —el coronel habla con la voz profunda.

—…

—Allá, ¿ves? —la mano del coronel se extiende con el índice estirado como un sable—. Allá, en el Alto del Alianza se decidirá prácticamente todo.

—¿Usted cree que nuestras fuerzas puedan…?

—Tenemos pocas posibilidades.

—…

—Pero las tenemos y eso ya es bastante, chico. Dependerá también de si los hombres se comportan como tales.

—Señor, ¿qué dice el coronel Bolognesi?

—Hace un momento quise conversar con él, pero está encerrado escribiéndole a su mujer.

—Ah…

—Chico… —resopla preocupado—. No sé si es prudente que nuestro jefe militar en el Morro ya dé todo por perdido antes de pelear…

—¡Pero qué dices! Aquí nadie se rinde.

El chiquillo voltea sorprendido y se cuadra ante el coronel Marcelino Varela.

—Nombre y unidad… —los grandes y poblados bigotes del militar se mueven, mientras sus ojos miran fijamente al adolescente.

—Cabo Alfredo Maldonado, de la Batería Ciudadela.

—Así que estás con el coronel Arias y Aragüez. Es un tipo duro, pero muy buena gente.

—Sí, señor.

—¿Y se puede saber qué hace aquí, cabo? Este no es su puesto.

—Vine trayendo un mensaje, señor.

—Vamos, Marcelino —la voz pausada, calma del coronel Belaúnde—, no asustes al muchacho.

—Descanse, cabo —el coronel Varela se relaja, sonríe—. Tranquilo. Solo es un chascarrillo.

Abajo, el mar golpea los peñascos mientras varias gaviotas aletean cerca. La neblina remite y la isla Alacrán se distingue con mayor nitidez.

El cabo busca con timidez unas palabras.

—Señor… —titubea—. Si en Tacna ganan los chilenos, ¿qué oportunidades tenemos?

—Ninguna, cabo… —el coronel Varela murmura, como si hablase consigo mismo—. Ninguna.

Francisco Bolognesi Cervantes
(1816-1880)

Alfonso Ugarte y Vernal
(1847-1880)

José Justo Arias y Aragüez
(1825-1880)

Marcelino Varela Barrios
(¿?-1889)
Fue Prefecto de Tacna y llegó a ser Senador del Congreso.

Roque José Antonio del Sagrado Corazón de Jesús Sáenz Peña
(1851-1914)
Llegó a ser Presidente de Argentina en 1910. Instauró el voto secreto, obligatorio y universal en 1912.

Teodoro Elmore Fernández de Córdoba
(1851-1920)
Fue profesor de la Escuela Nacional de Ingenieros (hoy UNI) y llegó a ser Ministro de Fomento en 1902.

II

El papel en blanco sigue sobre la mesa y piensas en ella otra vez. «¿Qué será de ti?», repites cabizbajo y la imaginas allá, en Arequipa, en casa. La extrañas. Te agradaría abrazarla. Susurrarle alguna broma. «Doña María Josefa de la Fuente y Rivero acepta casarse con este viejo», le dirías al oído. «Don Francisco Bolognesi Cervantes, si soy mayor que usted en nueve años, caramba», protestaría contenta, siguiéndote la broma. Cuarenta años de casados… Cuarenta años juntos. «Aún no me ha dicho que sí», le insistirías sonriente estirándole la mano con una venia. Añadirías: «¿Doña María Josefa, me haría el honor de acompañarme nuevamente a la Parroquia del Sagrario de la Catedral?». Ella abriría los ojos y ya no podrían más, estallarían los dos en carcajadas. ¿Qué será de ti?, vuelves a murmurar. El papel sigue delante, sobre la mesa. Aún no sabes qué escribirle. Te gustaría engañarle, pero sabes que no debes hacerlo. En realidad no podrías. A tus sesenta y tres años, te resultaría muy difícil cometer semejante estupidez. No. Ahora no. Todo, en este instante, se te hace más cercano, como un torrente de imágenes. Las más borrosas son tus primeros años. A pesar de que naciste en Lima, en la calle Afligidos del Centro de Lima, aquel lejano 4 de noviembre de 1816, casi no recuerdas nada de esa casa. Solo acude a ti el sonido del violoncello que tocaba tu padre y lo voz de tu madre arrullándote. Trozos, solo trozos: «Andrés, un poquito más, que al niño le gusta» y papá que respondía, «claro, Juana». Quizá te equivocas, quizá esas voces son de después, de cuando ya tenías cuatro o cinco años. Por supuesto, no pueden ser de cuando eras un bebé, lo sabes. Es imposible. Recordar la música te hace pensar en Margarita, tu hija. También está en Arequipa con Melitón, su esposo. Felizmente es compositor de música y no está en el campo de batalla, piensas. Al menos él puede estar allí para acompañar a Margarita y a María

Josefa. «¿Qué será de ti?», vuelves a pensar en tu esposa con la mirada fija en el papel. Tu infancia regresa, la partida de Lima hacia la ciudad del Misti, ese volcán enorme, descomunal, que reina sobre el cielo de Arequipa. Allí estudiaste en el Seminario Conciliar de San Jerónimo, ese colegio famoso donde también fue alumno Mariano Melgar. Eras muy bueno en matemáticas, eso lo recuerdas. También vuelven a ti aquellos días difíciles, la muerte de tu padre y tu necesidad de trabajar para mantener la casa. Empezaste en la Casa de Lebris & Violler y luego emprendiste tu propio negocio con la explotación de la coca, el café y la cascarilla, en la región montañosa de Carabaya, en Puno. Ya para entonces, te habías casado y venía tu primogénito en camino. «Qué será de ti», murmuras pensando en ella. Eres consciente de que lo que está por suceder en el Alto del Alianza solo tiene un final previsto. Uno solo y que estas serán, tal vez, las últimas palabras que le dirijas a tu mujer. Entonces, alzas la vista, miras por la ventana y ves que al fondo, no muy lejos, el coronel Belaúnde y el coronel Varela conversan acompañados de un chiquillo de piel morena. «¿De qué hablarán», te distraes, pero apartas ese pensamiento de inmediato. Finalmente lo sabes. Ya tienes claro qué le vas a decir a ella. Humedeces la pluma en el tintero.

Arica, 22 de Mayo de 1880.

Adorada María Josefa,

esta será, seguramente, una de las últimas noticias que te llegarán de mí, porque cada día que pasa vemos que se acerca el peligro y que la amenaza de rendición o aniquilamiento por el enemigo superior a las fuerzas peruanas, son latentes y determinantes. Los días y las horas pasan y las mismas como golpes de campana trágica que se esparcen sobre este peñasco de la ciudadela militar, engrandecida con un puñado de patriotas que tienen su plazo contado y su decisión de pelear sin desmayos en el combate, para no defraudar al Perú.

¿Qué será de ti, amada esposa, tú que me acompañaste con amor y santidad? ¿Qué será de nuestra hija y de su marido, que no me podrán ver ni sentir en el hogar común? Dios va a decidir este drama en que los políticos que fugaron y los que asaltaron el poder, tienen la misma responsabilidad. Unos y otros han dictado con su incapaz conducta la sentencia que nos aplicará el enemigo.

Nunca reclames nada para que no crean que mi deber tuvo precio.

Besos para ti y Margarita. Abrazos a Melvin.

Francisco Bolognesi

III

El eco lejano de una nueva explosión llega desde el Alto del Alianza. Este 26 de mayo ha empezado mal. Un presentimiento negativo inunda el lugar y atemoriza más que los lejanos bramidos provenientes del campo de batalla. En la cumbre del Morro, varios soldados tienen la vista expectante volcada hacia aquel horizonte sombrío.

—Calma, chico —el coronel Belaúnde trata de apaciguar al cabo que permanece quieto cerda de él.

A escasos metros, el coronel Alfonso Ugarte regresa a toda velocidad hacia el telégrafo. Francisco Bolognesi sostiene el papel que acaba de recibir. Lee: «*Batalla comenzó 10:30. Ahora está en lo más crudo*».

«Falta poco para el medio día», murmura. Coge sus prismáticos y observa aquel lejano arenal cubierto de humo. En el norte, hurga entre la polvareda distante la llegada de refuerzos. «¿Dónde demonios se encuentra el coronel Segundo Leiva? ¿Dónde! ¡Tiene cuatro mil hombres! ¡Por Dios! ¿Por qué tarda tanto?».

El muchacho mira a uno y otro lado y solo ve rostros tensos entre los principales jefes de Arica.

—Calma, chico —repite el coronel Belaúnde.

—Su puesto está en el Ciudadela, cabo —irrumpe el coronel Justo Arias y Aragüez.

—Sí, señor —el adolescente se cuadra rápido, hace el saludo militar, se pone tenso.

—También es tu puesto, querido amigo —le saluda Bolognesi y le estrecha la mano—. Deja que se quede.

—Era una broma, viejo amigo.

—Además, a todos nos importa muchísimo lo de allá —interviene

Belaúnde.

—¿Cómo está la situación?

—Muy grave. El ejército chileno está ganando terreno y las baterías peruanas se repliegan… —informa el teniente coronel Roque Sáenz Peña.

El sonido de los cañonazos cruza el desierto como una serpiente. El chiquillo siente la garganta seca y traga saliva. De pronto, da unos pasos, pero se detiene.

—Está asustado —Belaúnde le murmura a Arias y Aragüez.

—Creo que todos —replica Bolognesi, y luego calla. No tiene ánimos de hablar en este momento.

Los batallones del general Lizardo Montero y del coronel Andrés Avelino Cáceres retroceden. Bolognesi no puede verlos, pero intuye la estrategia que acompaña a cada uno de sus movimientos.

De pronto, Alfonso Ugarte se acerca veloz.

—¡Nuevo mensaje!: «*Principian a llegar bolivianos en fuga. Chilenos amagan a la izquierda para pasarse a Arica*».

—¡No puede ser! —se alarma Sáenz Peña.

—¡Calma! —impone su voz Bolognesi.

—Recuerden que Leiva y su batallón están cerca. Pueden llegar en cualquier momento —alza la voz Arias y Aragüez.

—¡Es verdad! —sonríe Belaúnde mientras Alfonso Ugarte parte otra vez hacia el telégrafo.

Todos vuelven la vista hacia la lucha. La brisa fría corre por el Morro como un brazo largo y helado. Al fondo, apenas se distinguen pequeñas humaredas, polvo arremolinado y, pronto, ya nada, solo queda silencio y ruido del mar.

—Han pasado a batirse con las bayonetas —comenta Arias y Aragüez.

Alfonso Ugarte trae un nuevo cable que lee en voz alta:

—«*Un fuego nutrido sigue, pero todos los bolivianos corren. Creo que ya perdimos la batalla*».

—¿A qué hora enviaron el mensaje? —Bolognesi coge el papel.

—A las 12:30 h., señor. Me quedé esperando otro, pero no ha llegado…

—Son las 13:10 h. No creo que recibamos más.

Sáenz Peña interviene:

—…si al huir, las fuerzas peruanas vienen hasta aquí y llega Leiva con sus hombres, todavía podremos dar batalla.

—Es posible… —medita Bolognesi—. Solo resta esperar…

—Debemos preparar la defensa —Arias y Aragüez endurece la voz.

—Después convocaré una reunión. De momento, me parece que lo más sensato es aguardar unas horas.

—¿No sería mejor ahora para no perder tiempo? —propone Belaúnde.

—No —Bolognesi responde calmadamente—. En este instante no tenemos información suficiente. Supongo que más tarde llegarán algunos combatientes de esa batalla y nos traerán noticias acerca de nuestras fuerzas y de las del enemigo.

—Es lo mejor —Marcelino Varela se atusa el bigote—. Además, todavía no sabemos por dónde anda Leiva…

Bolognesi frunce el ceño, pero no agrega nada más y se marcha lentamente a su despacho.

Desde el pie del Morro, las olas golpean violentas sobre las rocas y la brisa marina irrumpe, otra vez, fría, densa, cubriendo el ambiente de un intenso olor a sal.

—¿Señor, usted cree que con las fuerzas del coronel Leiva…? —el cabo se anima a hablar, pero no alcanza a terminar la pregunta.

—Es posible, chico.

—Cabo —Arias y Aragüez se acerca hacia el chiquillo—, si el coronel Bolognesi piensa que con ellos podremos darle una buena zurra al enemigo, ten por seguro que se la daremos.

—¿De verdad, señor?

—Sí… —sonríe tratando de animarlo—. Además, el viejo es bastante bravo. ¿Sabías que fue muy buen amigo del mariscal Ramón Castilla?

—No —responde el cabo.

—Y tiene su misma escuela. No se rinde jamás… —continúa Arias y Aragüez—. Se conocieron en la batalla de Carmen Alto. Vivanco había tomado el poder con un golpe de estado y Castilla se le opuso. Por eso, en la tarde del 22 de julio de 1844, los ejércitos de ambos se encontraron en Arequipa. Estaban dispuestos uno frente al otro, listos a morir en el campo cuando, de repente, el coronel Bolognesi, quien entonces tenía veintiséis o veintisiete años, cruzó al galope en medio de ellos. Las balas zumbaron por sus costados y le volaron el sombrero que cayó agujereado al suelo.

—¿Quiénes dispararon? ¿Los de Vivanco o los de Castilla?

—Ambos bandos, porque él no pertenecía a ninguno. En ese tiempo solo era un comerciante que quería saber si tenía el coraje suficiente para entrar a la milicia. ¡Y vaya que sí! Fue entonces cuando Castilla le ofreció un puesto a su lado…

—¿Él coronel Bolognesi le contó esa anécdota?

—No. A él no le gusta recordarla. Piensa que fue una estupidez de su juventud…

—Entonces, ¿quién fue, señor?

—Yo estuve en esa batalla, cabo.

—Ah… —el chico lo mira atento—. Y ¿ahí él se hizo militar?

—No. Por un tiempo más siguió en el comercio, hasta que entró al ejército en 1853. El mariscal lo estimaba bastante. Le tenía un respeto que ya hubiéramos querido muchos… Después de todo no solo lo ayudó en la revolución contra el presidente Echenique, sino que estuvo a su lado en 1858, cuando gracias a su acción certera se derrotó al último levantamiento de Vivanco. Por eso lo nombraron coronel…

—Y ahí nomás se quedó, chico —sonríe irónico Belaúnde.

—Sabes muy bien que no es verdad —Arias y Aragüez se ajusta la chaqueta—. Él se retiró voluntariamente en 1872 sin buscar ascensos fáciles. Además, todos estamos al tanto de que si el coronel Bolognesi está ahora acá, en Arica, es porque se reincorporó aun cuando no nada lo obligaba a hacerlo. Igual que yo y otros… ¿O me equivoco?

—Solo estaba bromeando, caramba —carraspea Belaúnde.

—Coronel Belaúnde, ¿usted cree que los chilenos tomarán Arica?

—Chico, pero si ya te lo he dicho: ¡Mientras viva, haré hasta lo imposible para defender el Morro!

A las ocho de la noche, un mensaje se transmite hacia Pachía:

Arica, 26 de mayo 1880.

Señor General Montero.

Dice el coronel Bolognesi que aquí sucumbiremos todos antes de entregar Arica. Háganos propios, comuníquenos órdenes y noticias del ejército y de los auxilios de Moquegua.

Manuel C. de la Torre

Jefe de Estado Mayor General

IV

—¿Y las minas? —repites y tú, Francisco Bolognesi, sabes lo importante que es tenerlas operativas. Es la última opción que tienes.

—Estamos inspeccionando el cableado, señor —el ingeniero Teodoro Elmore tiene la voz tensa.

—Estupendo… ¿Hay suficiente dinamita?

—Sí, señor. El general Montero dejó la cantidad necesaria para volar todo por los aires.

—Bien… ¿Están dispuestas según lo acordado?

—Por supuesto, señor.

El dedo índice del ingeniero pasea sobre el mapa extendido en la mesa madera. Prosigue:

—Están en tres líneas paralelas, señor. A 10, 12 y 18 metros de distancia.

—Perfecto. La separación entre ellas es prudente. ¿Y la carga?

—La primera con 5 quintales de dinamita, la segunda con 8 y la tercera con 12, señor.

—Entonces, ¿está todo en orden?

—En eso estamos. La red de hilos eléctricos está bajo tierra para hacer estallar todo desde aquí.

—Bien… bien…

—También están dispuestos 250 quintales, suficientes para volar el puerto y gran parte de la ciudad. Y allí, en la plaza del Morro, hay 40 quintales más, señor.

—Bien… Ese será nuestro último recurso.

—Como le dije, señor, todavía resta terminar de revisar algunas conexiones e inspeccionar el contacto de la pila eléctrica…

—¿Cuánto tiempo tomará todo eso?

—Día y medio, señor.

—Entonces nos reuniremos después, cuando finalice con todo.

—Por supuesto, señor.

—Le encargaré una misión más.

—¿Cuál, señor?

—Necesitamos que inutilice el ferrocarril de Chacalluta.

—¿Volar las vías?

—Sí. El enemigo las está usando para transportar su artillería y debemos retrasar su avance.

—Como ordene, señor.

—Mañana, a su regreso de inspeccionar el cableado, ultimaremos los detalles.

—Claro, señor.

El ingeniero se despide. Está nervioso, piensas. ¿Y quién no en estas circunstancias?

Llevas aquí en Arica muy poco, ni siquiera dos meses. Apenas desde el 3 abril. ¿Morirás aquí? Tal vez… El responsable de esta plaza era el comandante naval Camilo Carrillo, pero cayó enfermo y viajó a Lima. Y te tocó a ti. Aceptaste asumir el mando de inmediato. Si no hubiese enfermado aquel hombre, ¿dónde estarías en este instante? No lo sabes y tampoco te importa. Tu deber está aquí y ahora. Sabes que dispones de apenas mil seiscientos hombres y de escasas municiones y que así, con tan poco, debes defender Arica. Por eso ordenaste la construcción de las tres baterías en la playa: El *San José*, el *Santa Rosa* y el *Dos de Mayo*. Por el lado este del Morro, otros dos fuertes más: el *Ciudadela* y el *Este*. Construidos en base a sacos de arena, tus hombres trabajaron a pesar del frío y del hambre. Lo reconoces con orgullo. Entre los fuertes de la playa y los del Morro ordenaste también levantar una muralla. Más sacos de arena. Y por último, la triple red de minas, sobre la que acabas de conversar con el ingeniero Elmore. Es el último recurso. El último.

Son tiempos locos, sin duda. El monitor *Huáscar*, ya en manos chilenas, bombardeó Arica en febrero, tú todavía no estabas aquí, pero se sigue hablando de ello. Ves que el país se cae, se destaza y ves, sobre todo, que las fuerzas chilenas avanzan.

¿Serás capaz de morir por el Perú? Crees que sí. Quieres creerlo. También de que tus hombres lo harán. Morir en batalla para ti nunca ha sido un problema. ¿O sí y no te habías dado cuenta? El escollo es ahora la espera, es este tiempo cruel que parece una tortura que se cierne sobre todos, obligándoles a pensar y a pensar, a perder el valor, a flaquear. Desenfundas tu revólver. La vieja *Lefaucheux*, de 11 mm de calibre. Observas su tambor de seis balas, la puertilla de recarga situada en el lado derecho del armazón, por la cual se eyectan los casquillos. Recuerdas de golpe tus tres misiones a Europa para

comprar armamento. La primera vez con Castilla, en 1861; la segunda, con Pezet en 1865, y la última, en 1870, durante la presidencia de José Balta. Los cañones que adquiriste han respondido muy bien, te animas. Vuelve a ti aquel 27 de marzo de 1862, en las playas chorrillanas de Conchán, cuando con cargas de pólvora probaste el armamento que algunos malhablados habían cuestionado, incluso hasta en los periódicos. Ese día parecía una fiesta. Reaparece en tu mente la algarabía, el ruido de la gente aglomerada, las autoridades con sus atuendos más elegantes y el cuerpo diplomático quieto en el estrado. Casi todos esperaban pendientes tu fracaso anunciado por las habladurías. Solo Castilla parecía tranquilo sobre su caballo. «¡Adelante, coronel Bolognesi!», te dijo. Y tú —que tenías justo tu *Lefaucheux* lista para volarse la tapa de los sesos si es que la prueba fracasaba— ordenaste la descarga. Los cuarenta cañones retumbaron con éxito. Pero, entonces, al elegir al azar un cañón para ensayar un nuevo disparo, este reventó e hirió a dos soldados. En el acto, te llevaste la mano al cinto para desenfundar tu arma, pero Castilla te detuvo. «Buena artillería… Muy buena artillería, mi coronel», te dijo. «No se preocupe por ese cañoncito. Ha resultado como en una familia que tiene muchos hijos y uno sale majadero». Es verdad, a veces sale uno así. Piensas en uno de tus hombres, un coronel todavía, pero de inmediato apartas esa idea y miras otra vez tu revólver. ¿Serás capaz de morir por el Perú? Si el enemigo les ofrece la rendición, ¿qué harás? Sabes que dada la diferencia de fuerzas nadie podría culparte ni señalarte si optas por claudicar. Así podrías vivir un poco más para volver a ver a María Josefa o a tu hija. Podrías vivir para unirte a las tropas peruanas en otro lugar y así enfrentarte al enemigo en una situación más ventajosa… Pero no, a tus sesenta y tres años, has vivido demasiado como para darte por vencido sin luchar hasta quemar el último cartucho. Eso, hasta quemar el último cartucho. De todas formas, crees, quieres creer, que hay una posibilidad. Por eso ahora abandonas tu despacho y cabalgas hasta el telégrafo. Preguntas si hay algún nuevo mensaje y la respuesta es negativa. Vuelves a subir a tu montura. Regresas. ¿Serás capaz de morir por el Perú? Si les ofrecen la rendición, ¿qué harás? Alejas ese pensamiento. Arica se salvará, murmuras, si Leiva se aproxima por Sama y jaquea al enemigo. Entonces habrá una oportunidad. Sí, habrá una, a pesar de todo. Pero sabes, estás seguro, de que ya no hay otra opción. ¿Serás capaz de morir por el Perú?

Foto del mismo modelo que usó Francisco Bolognesi. La vieja *Lefaucheux* de calibre 11 mm, utilizaba unos cartuchos llamados de espiga.

V

El cabo Maldonado, desde donde se encuentra, puede oír la reunión. Ha acudido acompañando al coronel Arias y Aragüez. El muchacho está en un pequeño salón contiguo al recinto donde se hayan los 31 jefes y subjefes de la guarnición de Arica.

El coronel Bolognesi empieza a hablar a las 19:00 h. Su voz vibra potente.

—Señores, he convocado esta reunión, porque necesito saber su opinión sobre las medidas a tomar.

—¿Hay algún mensaje del alto mando? —interviene Arias y Aragüez.

—A día de hoy, 28 de mayo, no. El general Montero está en las alturas de Tacna, en Pachía. Según sabemos, un regimiento chileno ha salido para darle caza. Aun así, la última orden del general fue la de resistir hasta el final o volar el Morro.

—¿Y de Leiva, se sabe algo, señor? —Sáenz Peña lo mira atento.

—Si él y sus tropas jaqueasen aproximándose por Sama, podríamos tener una posibilidad. Pero me temo que es casi imposible que suceda esto. Además, las bajas en el Alto del Alianza han sido grandes y las pérdidas enormes… ¿Nos puede dar detalles, coronel?

—Desde luego, señor —Alfonso Ugarte estira un papel—. Si la información que nos han comunicado es la correcta, el enemigo ha capturado cuatro cañones de montaña *Krupp*, seis *Blakeley*, seis ametralladoras, cuatro mil rifles *Rémington* y *Chassepot*, además de granadas, espoletas, pólvora, estopines, cureñas y casi quinientas cajas de munición…

—¡Diantres! —murmura Marcelino Varela.

—¿Y con cuántos hombres cuentan los chilenos? —pregunta Belaúnde.

El cabo, desde donde está, oye nítidamente la voz del coronel que dirige el batallón *Los cazadores de Piérola*. Recuerda la conversación de hace unos días sobre los cobardes, las ratas como el coronel les llama. Entonces, de pronto, el cabo oye una cifra y un barullo general. Atiende un poco más.

—Los enemigos tienen cerca de ocho mil hombres —repite Alfonso Ugarte—. Quizá más…

—¿Y nuestras fuerzas? —pregunta Belaúnde.

—Mil seiscientos veintiocho… —contesta desde su sitio Bolognesi.

Un murmullo se apodera de la sala.

—Señores… —el cabo percibe cómo la voz de Bolognesi se impone—, ya saben cuál fue la última orden del general Montero. Al respecto, yo ya he meditado mi postura y pienso cumplir dicha orden hasta el final. Pero también me parece importante oírles… Sé que muchos de ustedes son jóvenes aún. Por eso necesito saber cuál es su posición.

Alfonso Ugarte es el primero en tomar la palabra. El cabo Maldonado escucha el discurso a favor de la resistencia. Luego siguen Arias y Aragüez, Marcelino Varela y los demás jefes. Cuando llega el turno de Belaúnde, el cabo presta más atención.

—Señores, quiero hacerles una pregunta: ¿qué es más útil para la patria: morir ahora inútilmente en un suicidio colectivo o claudicar para poder reagruparnos luego, con un ejército más numeroso, y causar más daño al enemigo?

—¿Es esto un chascarrillo? —voltea sorprendido Marcelino Varela.

—No lo es… Por Dios que no —Belaúnde sigue de pie, la voz sin temblar en ningún momento.

El cabo, afuera, no sabe qué pensar en aquel momento. Esperaba otra cosa, otras palabras.

—Señor —insiste Belaúnde—. No es cobardía rendirse ante un enemigo cuatro veces superior.

—¿Cómo que no! —Alfonso Ugarte alza la voz.

—Calma, caballeros —Bolognesi acalla los murmullos—. Dejen que termine de hablar.

—¿Ha visto a nuestros soldados, señor? La mayoría son jóvenes… Incluso, allí, afuera de este salón, tenemos al acabo Alfredo Maldonado. Es un niño de apenas dieciséis años. Si no capitulamos, lo estamos enviando a él y a todos los demás soldados patriotas al matadero. ¿Es que no se dan cuenta?

—¿Alguien más piensa lo mismo que el coronel Belaúnde? —se pone en pie Bolognesi.

—No, señor —Alfonso Ugarte cruza los brazos.

—Por supuesto que no —mece negativamente la cabeza Marcelino Varela.

Los demás jefes se oponen a la propuesta de Belaúnde.

—Yo estoy contigo, amigo —Arias y Aragüez gira hacia Bolognesi —. Mi decisión es pelear.

Saenz Peña, entonces, hace uso de su turno y empieza a hablar. El cabo escucha al comandante del batallón *Iquique*. El discurso tiene brío, fuerza.

Al finalizar, el adolescente oye la ovación de los demás militares. De repente, emocionado, Alfonso Ugarte alza la voz:

—¡Si Arica no es del Perú, entonces no es de nadie! No estoy dispuesto a dejar que caiga nuestra bandera!

Pronto, la sala se enciende con la respuesta de cada uno de los oficiales.

—Ya nos oíste, amigo —Arias y Aragüez gira hacia Bolognesi—. Vamos a luchar.

—Señores —Bolognesi se pone de pie—, hoy es un día histórico para el Perú y me siento muy orgulloso de estar al lado de ustedes. Hace unas horas, mientras recibía información de Tacna, me iba convenciendo cada vez más de que debía defender Arica a toda costa, hasta vaciar el tambor de mi vieja *Lefaucheux* y quemar el último cartucho. Veo con alegría que piensan igual. ¡Sea así entonces!

—¡Hasta quemar el último cartucho! —gritan todos menos Belaúnde.

—¡Hasta quemar el último cartucho! —repite, desde su sitio, el cabo Maldonado.

VI

Días después del consejo de guerra, se llevó a cabo un juramento más. A las 20:00 h., reunidos en la casa de Alfonso Ugarte, todos rodearon la mesa. No fue un banquete, fue apenas una modesta comida. Lo sabes. A ti te dieron el asiento de honor.

A la hora del brindis, Alfonso Ugarte se puso de pie y refrendó sus palabras. Morir antes que rendirse, dijo. Luego, desenfundó su espada y la tendió sobre la mesa invitando a los presentes a desenvainar las suyas y ratificar lo que habían dicho. Sobre la cruz de las espadas todos repitieron su juramento.

Han pasado ya muchas horas desde aquel encuentro. Estás orgulloso, hasta contento de estar al lado de todos estos hombres. A pesar de llevar con ellos poco tiempo, casi te sientes entre hermanos. Aparte del enemigo, lo único malo de este lugar es esa oscuridad que irrumpe todas las noches. Es inquietante. Estos días de incertidumbre a veces te hacen sorprenderte de ti mismo. En ocasiones te descubres dudando. Las ganas de volver a ver a María Josefa o a tu hija crecen y la pregunta que sigue y sigue martillando en tu cabeza vuelve. ¿Serás capaz de morir por el Perú? ¿Lo serás? Pocas veces los hombres tienen la suerte de conocerse hasta ese punto. ¿De verdad te conoces, Francisco Bolgnesi? ¿En serio?

La espera, esa vil espera es el demonio que te acecha. Jamás habrías esperado de ti estás dudas, pero allí están. De todas formas crees que hay una esperanza. Lo sabes. Por eso te animas a redactar un telegrama.

Arica, 30 de mayo de 1880

Esfuerzo inútil. Tacna ocupada por el enemigo. Nada oficial recibido. Arica se sostendrá muchos días y se salvará, perdiendo enemigos, si Leiva

jaquea, aproximándose por Sama y se une con nosotros.

VII

—Tengo un mensaje del coronel Arias y Aragüez, señor.

—Un momento, chico. Debo terminar esta carta. Espera unos minutos.

El cabo Alfredo Maldonado permanece de pie. Observa cómo el coronel Belaúnde, se detiene, piensa, medita en voz alta sus palabras antes de comenzar. Lo ve humedecer la pluma:

Arica, mayo 30 de 1880.

Señor don Nicolás de Piérola
Muy respetado compadre:
Con el corazón enlutado tomo la pluma para, en cortas palabras, manifestarle los acontecimientos del funesto día 26.

El cabo continúa en silencio mientras el coronel detalla los hechos acaecidos en el Alto del Alianza. Da su versión, exagera algunos datos. Se explaya, repite hablando lo que lleva escrito. «Mmm», dice. Se detiene a pensar un poco más. Otra vez relee como si conversase consigo mismo y repasa las líneas que acaba de redactar. Sopla ligeramente para que seque la tinta. A continuación, hace alguna corrección ortográfica, pone una que otra coma que le falta. El cabo lo mira sorprendido.

—Perdóneme, señor, pero debo entregarle este mensaje.

—Esta es una carta directa hacia el presidente, chico. ¿Qué crees que es más importante? Por favor, no me interrumpas.

La voz de coronel es agria, tensa. Escribe:

Yo estoy defendiendo Arica con mi batallón que tiene 380 hombres de

inmejorable gente tacneña y todos pierolistas de corazón y resueltos a morir todos antes que dejar tomar al chileno este puerto. Si nos llegasen a vencer por el número los chilenos, inutilizaríamos antes todo en Arica y si quedamos vivos algunos, nos retiraremos a juntarnos con Leiva si este demorase por alguna circunstancia.

Esta es la verdad de los acontecimientos, querido compadre, pero en fin, aquí nos consuela la idea de que Ud. ha de castigar a los cobardes chilenos, pues así confiamos todos los amigos de Ud.

En cuanto a mí, compadre, ya sabe Ud. que cuenta conmigo y con mi batallón y que si perdemos y quedo vivo y puedo escapar, marcharé a formar otro batallón a otra parte, a fin de defender siempre a Ud. y su gobierno, pues esa sola es mi única consigna.

«¿Ha dicho escapar?», piensa el cabo mientras el coronel vuelve a revisar su carta. Bisbisea, eleva la voz repitiendo lo que lleva escrito. «Uhummm», murmura. Se lleva la mano derecha a la barbilla. Vuelve a leer. Se detiene, enmienda una palabra por otra, usa sinónimos, trata de oír el sonido de su carta.

No teniendo otra cosa por ahora que comunicar a Ud., le deseo buena salud y le repito que cuente Ud. con el brazo de su verdadero compadre y seguro servidor.

Lo último, el coronel casi ni lo verifica y firma satisfecho.

—Ahora sí, chico. A ver, dame, ese mensaje.

—Aquí tiene, señor.

—Bueno, ya está… Puedes retirarte.

—¿Señor?

—Dime, chico.

—¿Le ha dicho al presidente que usted está pensando en huir?

—¿Qué pregunta es esa, cabo!

—…

—¡Es indignante! ¿Acaso soy una rata que abandona el barco!

—Lo pone en su carta, señor.

—Escucha bien, chico. He escrito esto: «…si perdemos y quedo vivo y puedo escapar». ¿No entiendes? ¡Si perdemos! Es decir, si al final de la batalla sobrevivo y logro sortear al enemigo para no caer capturado, me uniré a otro batallón para seguir luchando. Nunca he dicho que huiré como un cobarde. La patria está por encima de todos nosotros. ¿Me oyes?

—Sí, señor.

—Ahora escúchame. Tú eres apenas un niño…

—Pero puedo luchar como el que menos, señor.

—Lo sé, pero no tiene sentido que mueras aquí. Los chilenos nos superan cuatro veces en número. Esto será una masacre. Mejor retírate…

—No soy un cobarde, señor.

—Ni lo pienso, chico. Pero recuerda algo muy importante: una guerra no se gana siendo derrotado en batallas que sabemos de antemano que vamos a perder. ¿Tú eres de aquí, no?

—Sí, señor…

—¿Y tu familia?

—Mi madre está refugiada en el valle de Azapa. Pero mi tío es sargento y está aquí también, señor.

—No lo sabía. ¿Cómo se llama?

—Nicanor Arias Campo Hermoso.

—Ah, sí, sí… Ya lo recuerdo. Es moreno como tú, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y él, ¿qué te dice?

—Que me retire con mi madre, señor.

—Pero no lo vas a hacer, ¿no?

—Igual que usted, yo tampoco soy una rata, señor.

VIII

Vuelves a pensar en María Josefa y en tu hija que están allá, en Arequipa. Sabes que ya no las volverás a ver, aunque guardas todavía una ínfima esperanza. Los días aquí son tan húmedos que el frío de este invierno cala los huesos. Duele. Eres consciente de que las tropas chilenas están cada vez más cerca y que el inevitable enfrentamiento final se aproxima. Tus hombres también están al tanto y aunque la moral flaquea, resisten. La situación es muy difícil. No ayuda la falta de alimento. Las raciones ya ni siquiera son las justas. Ahora, sin nuevas del general Montero ni de Leiva, la incertidumbre es cruel y solo parecen surgir noticias nefastas. La primera te la trajo Arias y Aragüez:

—Malas noticias, amigo. Belaúnde está sublevando a las tropas. Dice que la rendición es la única alternativa y te acusa de llevarnos a una muerte inútil…

Fue un insulto. Ya tenías tus dudas sobre aquel individuo y las confirmaste de la peor manera. Solo una veintena de hombres prestaron importancia a sus palabras cobardes. Pero, en circunstancias como esta, uno solo que se marche es una pérdida inconmensurable. Ordenaste de inmediato que apresasen a Belaúnde y lo llevasen detenido al monitor *Manco Cápac*, pero el miserable logró escabullirse en la madrugada. A oscuras, se marchó entre las sombras, como una vil rata asquerosa. Poco después, se sumó otra desgracia. Quizá la peor de todas hasta el momento. Luego de inutilizar las vías del ferrocarril de Chacalluta, el ingeniero Elmore cayó prisionero. Al enterarte, deseaste que lo hubiesen fusilado. La sola idea de desear su muerte te repele, pero prefieres esa baja a que el ingeniero llegue a delatar al enemigo la posición de las minas. Si lo hace —esa duda ahora te carcome—, todo estará perdido. Ya no existiría ni siquiera la última oportunidad que tienes para luchar contra el enemigo. Volar el

Morro ya no sería una opción.

Ahora que estás frente al papel, con la pluma en la mano, sientes que es importante que tus palabras tengan la fuerza necesaria. Sientes que María Josefa te contempla, que el Perú también lo hace y que juzgará lo que hagas o no hagas en estos días.

Respiras profundamente, meditas lo que vas a decir. Empiezas:

Arica, junio 4 de 1880.

Señor General Montero o Coronel Leiva.

Este es el octavo comunicado que conduce, tal vez, las últimas palabras de los que sostienen en Arica el honor nacional.

No he recibido, hasta hoy, comunicación alguna que me indique el lugar en que se encuentra, ni la determinación que haya tomado.

El objeto de esta es decirle a usted que tengo al frente 4.000 enemigos poco más o menos, a los cuales cerraré paso, a costa de la vida de todos los defensores de Arica, aunque el número de invasores se duplique.

Si usted con cualquier fuerza, ataca, o siquiera jaquea la fuerza enemiga, el triunfo es seguro. Grave, tremenda responsabilidad vendrá sobre usted si, por desgracia, no se aprovecha tan segura, tan propicia oportunidad.

En síntesis, actividad y pronto ataque o aproximación a Tacna es lo necesario por parte de usted, por la nuestra cumpliremos nuestro deber hasta el sacrificio.

Es probable que la situación dure algunos días más y, aunque hayamos sucumbido, no será sin debilitar al enemigo hasta el punto que no podrá resistir el empuje de una fuerza animosa, por pequeño que sea su número.

El Perú entero nos contempla. Anima actividad, confianza y venceremos sin que quepa duda.

Medite usted en la situación del enemigo, cerrado como está el paso de sus naves.

Ferrocarril y telégrafos fueron inutilizados, pero hoy ya funcionan los trenes para el enemigo.

Todas las medidas de defensa están tomadas. Espero ataque pasado mañana. Resistiré.

Comuníqueme órdenes en cuanto sea posible.

Dios guarde a usted.

Francisco Bolognesi

Fotografía del Morro de Arica a finales del siglo XIX.

IX

La mañana del 5 de junio es fría. En el despacho de Bolognesi, una reunión crucial se lleva a cabo.

—Señor —habla pausadamente el mayor chileno Juan de la Cruz Salvo—. El General en Jefe del Ejército de Chile, deseoso de evitar un derramamiento inútil de sangre, me envía a pedir la rendición de esta plaza, cuyos recursos en hombres, víveres y municiones conocemos.

El cabo Alfredo Maldonado, está allí casi de casualidad. Ha llegado con el coronel Arias y Aragüez y se ha quedado siguiendo sus órdenes. Por eso vio llegar al oficial chileno con los ojos vendados. Ahora, vuelve a pensar en el ofrecimiento. Hay un silencio breve. El muchacho no sabe todavía qué responderá Bolognesi, pero recuerda las palabras del coronel Belaúnde, la carta que escribió al presidente Piérola. Fue la última vez que lo vio. «Yo no soy como él, yo no soy una rata», se dice a sí mismo.

—Mayor —se oye la voz de Bolognesi—, yo tengo deberes sagrados en este lugar y los cumpliré hasta quemar el último cartucho.

—Entonces, mi misión está cumplida.

—Sin embargo, esta es solo mi opinión. Debo consultar a mis oficiales. Comunique al general Baquedano que a las dos de la tarde enviaré nuestra respuesta definitiva.

—Lo siento, señor. Son las siete de la mañana y no es posible aguardar tanto. Me retiro.

—Si me permite, haré la consulta aquí mismo.

De inmediato, sus pasos resuenan sobre el piso de madera y abre la puerta.

—Cabo… Comunique a todos los jefes que los necesito aquí de inmediato.

—Sí, señor —el muchacho se aleja. Cumple la misión en poco

tiempo y regresa.

Ninguno de los oficiales tarda demasiado. Todos callan. El cabo sabe que ya no hay retroceso.

Alfonso Ugarte es el primero en hablar.

—Señor, pienso que derramar mi sangre por el Perú jamás fue ni será inútil. ¡Yo no me rindo!

—¡Yo tampoco! —exclama Marcelino Varela, seguido por el resto.

Poco rato después, el mensajero chileno parte. Otra vez sale con los ojos vendados.

Al rato, reaparece Bolognesi.

—Cabo —le dice al muchacho—, necesito que lleve este mensaje al telégrafo. Va dirigido al prefecto de Arequipa.

En el acto, el adolescente sale. Lleva un papel en la mano.

Parlamento chileno impone rendición. Contestación previo acuerdo de jefes: quemaremos el último cartucho.

X

«Maldición», vuelves a murmurar. Miras el telegrama de Arequipa una y otra vez. «¡Esto es una burla!», arrojas el papel sobre la mesa.

Felicito a usted y a los jefes de la plaza en nombre del pueblo arequipeño por su noble actitud. Arequipa contesta: ¡Viva el coronel Bolognesi!

González Orbegoso, Prefecto.

«Dónde demonios andará Leiva», piensas. De pronto una explosión te alerta. A pocos kilómetros, el vapor chileno *Loa* ataca con sus cañones al peñón del Morro. Varias nubes de tierra se forman en breve, cubriendo el lado sur del pueblo. Pequeños pedruscos caen también sobre todos. Pronto, el blindado *Cochrane* y las cañoneras *Magallanes* y *Covadonga* se unen al ataque.

Aún no lo sabes, pero en el fuerte *Ciudadela* se divisa a la infantería de Baquedano avanzando.

—¡Fuego! —tu amigo Arias y Aragüez levanta su sable en alto, y los proyectiles de 100 libras cruzan los aires acertando en medio del enemigo.

No muy lejos, Marcelino Varela también orienta sus cañones hacia el escarpado terreno por donde los chilenos ya empiezan a mover su artillería.

Y tú te apresuras. Dictas órdenes precisas y destruyes documentos. Sabes que si caen y las minas no funcionan —«ojalá el ingeniero Elmore esté muerto»— ningún tipo de información militar puede ir a parar a manos enemigas. Fuera del cuartel, oyes cómo tu caballo se encabrita cuando otro disparo del *Loa* cae cerca. Al norte, por la playa, el regimiento chileno *Lautaro*, con mil doscientos hombres, avanza seguido por una escuadra de cazadores y otra de

carabineros. Se abren camino a la fuerza, disparando. Cerca del ferrocarril, el buque peruano *Manco Cápac* abre fuego con sus cañones de 500 libras.

—¡Cubran los flancos! —grita Alfonso Ugarte.

Saenz Peña salta sobre las barricadas hechas con sacos de arena, y lidera a sus soldados para atacar a los enemigos.

De pronto, el *Cochrane* lanza una bomba. Alcanzas a oír el silbido mortal cruzar el aire y observas la explosión que se forma en el río Azapa.

En el fuerte *Ciudadela*, las granadas chilenas destrozan las barricadas. La arena estalla sobre los soldados, cegándolos.

—¡Cuidado! —Arias y Aragüez advierte al cabo Alfredo Maldonado, pero la onda expansiva de una explosión arroja el cuerpo del adolescente hecho un ovillo. Cuando el chico se incorpora descubre a su lado el cuerpo decapitado de un compañero.

—¡Malditos! —dispara las balas de su rifle.

Al norte, metros más abajo, los fusiles *Rémington* de los peruanos atacan sin cesar, cuando, súbitamente dos cañonazos detienen a los del Lautaro.

A las 15:00 h. un proyectil es lanzado por una batería del Morro sobre la línea de flotación del *Cochrane*. El fuego estremece el acorazado y mueren veintisiete tripulantes. Otra bomba cae cerca de la nave, que vira en retirada. Más cañonazos tratan de alcanzarla, pero no le aciertan.

El fuego cesa. Desde el Morro, coges tus prismáticos y estudias el retroceso del enemigo.

«¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria!», es el grito rebosante que se multiplica feliz por toda Arica. La alegría se expande en los rostros cansados de los hombres. «Hemos vencido», se abrazan sorprendidos por el triunfo.

En el fuerte *Ciudadela*, Arias y Aragüez palmea la espalda del cabo Maldonado. Y tú, Bolognesi, subes a tu caballo y cabalgas a toda prisa para repasar los daños en tus líneas. «¡Viva el Perú!», te reciben eufóricos con los puños en alto. Cuando regresas al pueblo de Arica, ya ha oscurecido. Aun así, decides detenerte para informar por telégrafo al prefecto de Arequipa. Contienes tu enfado. A fin de cuentas, hoy, 6 de junio, no ha sido un día tan malo:

A las 12:50 principió fuego artillería enemiga. A las 2 Loa, Magallanes, Covadonga y Cochrane sobre baterías y Manco Cápac. Combate general. Batería San José a los 10 disparos apagó una batería del cerro. Manco hizo cambiar rumbo a Cochrane que a horas 3 tuvo incendio por proyectil Morro y salió del combate. A las 4 Caballería e Infantería por

norte, que huyeron luego de fuegos nuestros. Gran entusiasmo. Enemigo hizo 264 cañonazos. No hay desgracias. Jefes agradecen saludo Arequipa. Felicito en su nombre al país por el día.

Horas más tarde, te reúnes con todos tus oficiales. Repasan las posiciones, los daños, las bajas.

—En las alturas de Azapa se distinguen claramente unas fogatas —apunta Alfonso Ugarte—. Creo que allí acamparán hasta la madrugada.

—Tal vez, pero pueden estar avanzando ahora —Arias y Aragüez posa la mano sobre su frente.

—¿A oscuras, en medio de la neblina y con este frío? Lo dudo mucho, señor —Marcelino Varela se atusa el bigote y te mira fijamente—. Pero, por si acaso, he ordenado a mis tropas que estén alertas.

—En el *Ciudadela* también estamos muy atentos —añade Arias y Aragüez—. Sin embargo, me parece que esa zona es demasiado escarpada y difícil para una ofensiva del enemigo en plena oscuridad. Estarían extremadamente expuestos. A mí lo que más me preocupa es el norte.

—A mí también… —comentas, recordándoles los hechos de la tarde—. Si nos sorprenden descubiertos por ese lado, la resistencia será inútil.

De repente, dos golpes en la puerta interrumpen la sesión.

—Adelante —ordenas.

—Es el ingeniero Elmore, señor —informa un soldado—. Quiere verle.

«Está vivo», piensas y temes lo peor.

XI

El ingeniero permanece de pie, quieto, frente a los que hasta hace poco eran sus compañeros. Percibe la duda, el recelo de cada uno de ellos. Prosigue:

—Siento mucho que el comandante Bolognesi se haya retirado y no quisiese recibirme.

—Mi amigo hizo bien… —cruza los brazos Arias y Aragüez—. Usted no es un parlamentario de guerra.

El ingeniero Elmore traga saliva. Hace una pausa.

—Lo sé, pero el coronel Lagos, el segundo del general Baquedano, me ha enviado para pedir la rendición del Morro una vez más.

—¿Qué chascarrillo es este? —Marcelino Varela frunce el ceño.

—Yo ya sé cuál es la respuesta de todos ustedes y sé que no se van a rendir.

—¿Entonces para qué has venido? —Roque Sáenz Peña lo mira fijamente.

—Ambos, Baquedano y Lagos tienen miedo de las minas —su voz es pausada—. Desde que me capturaron, dije que todo podía estallar en cualquier momento. Eso es lo que los ha detenido hasta ahora. Pero sospecho que mañana atacarán por la parte alta hasta tomar Cerro Gordo. Sería bueno que refuercen el fuerte *Ciudadela* y la Batería del Este…

—Las fogatas que se ven indican lo contrario —interviene Alfonso Ugarte—. ¿Estás seguro?

—No lo estoy. Pero de todas formas, sugiero que tomen en cuenta lo que les digo. Además, debo informarles que según he podido oír, en Arica hay varios espías que seguramente estarán intentando sabotear los contactos de las minas…

—Muchas gracias por la información, ingeniero —Arias y Aragüez

permanece serio.

—Debo volver ahora, señor.

—¿Al cuartel enemigo? —se sorprende Alfonso Ugarte.

—Sí. He dado mi palabra de hacerlo.

—Transmita que nuestra respuesta sigue siendo la misma: Arica no se rinde.

—Seguro que lo haré, señor.

Apenas se va, Arias y Aragüez voltea hacia el resto de los reunidos.

—¿Qué piensan, señores?

—Es mi amigo, señor, pero dudo de su información —replica Alfonso Ugarte—. A los chilenos les sería más fácil atacar por la playa.

—Opino lo mismo —Marcelino Varela, se atusa el poblado bigote.

Los otros oficiales de la reunión asienten. Cuando se reúnen con Bolognesi, este da las órdenes finales. Dispone cuatrocientos veinte hombres al *Ciudadela*, trescientos ochenta y siete a la Batería del Este y el resto abajo, cubriendo el flanco norte.

Ya muy tarde, Bolognesi sale. Va con las manos en los bolsillos y recuerda su cese voluntario en 1872, durante la presidencia de Manuel Pardo. Las imágenes pacíficas de ese periodo en casa vuelven a él como un sueño lejano, que terminó en 1876 cuando se reintegró al ejército. Sus botas levantan polvo a cada paso mientras recuerda la declaratoria de guerra de Chile el 5 de abril de 1879, las primeras batallas, la alianza con Bolivia, la lamentable derrota de Miguel Grau en Angamos y la toma del poder por parte de Nicolás de Piérola, luego de la partida a Europa del presidente Mariano Ignacio Prado. «¡Maldición!», gruñe mientras cada hecho funesto sucedido en el país golpea su cabeza como una feroz tormenta. En eso, la victoria peruana en Tarapacá el 27 de noviembre de 1879 regresa nítida y se anima. El frío es ahora intenso y el aroma salado del mar inunda sus pulmones. Arriba, en el cielo no se ve ninguna estrella.

Lejos de allí, en las alturas de Azapa, el ingeniero Elmore llega al campamento chileno y lo encuentra desierto. Observa las fogatas encendidas y comprende el ardid. «¡Todavía creen que están aquí!», voltea alarmado. Mientras, sigilosos, amparados en la oscuridad, avanzando por el lado más escarpado y menos probable de ataque, el *Regimiento 3º,* el *4º,* el *Buín* y 200 jinetes avanzan dispuestos a tomar el Morro. La orden del coronel Pedro Lagos Marchant ha sido clara: «Nadie queda vivo».

Manuel Jesús Baquedano González
(1823-1897)

Pedro Lagos Marchant
(1832-1884)
Durante la guerra fue desigando como Gobernador de Lima.

Juan José de la Cruz Salvo
(1842-1917)

Bolognesi con su cuerpo de oficiales en Arica (1880).

XII

A las 05:15 h., salta la alarma:

—¡Chilenos! —grita un soldado de la Batería del Este.

—¿Cuántos y a qué distancia? —el coronel Marcelino Varela trata de distinguir al enemigo entre la niebla.

—¡Mil doscientos o más! ¡A cien metros, señor! —señala al *Regimiento 4º de Línea.*

Marcelino Varela desenfunda su revólver.

—¡Fuego!

Su voz se confunde con el traqueteo de las balas.

Entre tanto, ya sabes tu deber. Ha llegado el momento. Vas en tu caballo hacia Cerro Gordo. El cielo todavía está oscuro, pero la luz del amanecer crece desde el mar copando el firmamento. Avanzas.

Al otro extremo, el *Regimiento 3º de Línea* empieza a cargar sigilosamente contra el fuerte *Ciudadela*. Allí, tu amigo, el coronel Justo Arias y Aragüez, sable en alto, se prepara.

—¡Distribuyan las municiones! —grita.

En el acto, el cabo Alfredo Maldonado obedece. Cientos de disparos se entrecruzan en la madrugada y varios hombres caen acribillados. Las barricadas hechas con costales de arena son reducidas a montículos informes.

Sobre el parapeto, tu amigo, Arias y Aragüez sigue en pie, a pesar de que ya están a punto de tomar el fuerte.

Un soldado chileno eleva la voz, grita.

—Ríndanse.

—¡Yo no me rindo, carajo! ¡Viva el Perú! —tu amigo les responde. Dispara, pero cae acribillado en el acto.

Aún no lo sabes, pero el cabo Alfredo Maldonado, ese niño que has visto en varias ocasiones en estos últimos días, ha sido testigo de

la muerte de tu amigo. Tiene el rifle en la mano y está agazapado. Observa también cómo matan a su tío Nicanor. Retrocede entonces, ocultándose, corriendo presuroso. Parece que va a huir, pero no, él no es como ese miserable de Belaúnde.

—Ríndanse —vuelve a gritar otro soldado chileno.

—¡Yo no me rindo, cobardes! —abre fuego, el muchacho. Si lo vieses ahora, te reconocerías en él seguramente.

El fuerte ya está prácticamente tomado. Los enemigos proceden a bajar la bandera y a izar la de Chile. Pero han subestimado al cabo Maldonado. Él corre hacia el santabárbara[1] y lo hace estallar.

La explosión abre la tierra. El humo y el polvo se eleva cubriendo todo el fuerte. Varios peruanos y setenta chilenos vuelan al cielo mutilados entre la polvareda.

Desde donde estás, intuyes ya la suerte del *Ciudadela*, pero no tienes tiempo para sentimentalismos. ¿Serás capaz de morir por el Perú? ¿Flaquearás al final? Sujetas las bridas de tu caballo y corres en medio de las descargas. Recuerdas la estupidez que cometiste en tu juventud que le gustaba contar a tu amigo Arias y Aragüez.

Disparas, lideras. Tu vieja *Lefaucheux* quema sus cartuchos.

—¡Al Morro! ¡Al Morro! —ordenas.

A varios metros de allí, la Batería del Este ha sido reducida a cien soldados que sucumben abaleados unos tras de otros. Marcelino Varela está herido. Tiene una enorme mancha roja en el pecho, cerca del hombro izquierdo. La sangre mana a borbotones.

—¡Retirada! ¡Retirada! ¡A Cerro Gordo! —Varela observa impotente el avance del *Regimiento 4º de Línea* que arremete a discreción sobre el resto de su tropa.

La derrota es inminente. Lo sabes. Solo queda la última opción.

—¡Conecten todas las minas! ¡Ahora! —ordenas sin retroceder—. ¡Y que el coronel Ugarte traiga su división de inmediato!

Más abajo, Sáenz Peña tiene el brazo derecho inutilizado, atravesado por una bala.

—¡Maldita sea! —él observa la cuesta rocosa—. ¡Arriba! ¡Vamos! ¡Vamos!

Los soldados le obedecen. Fatigados después de tres kilómetros de camino, avanzan por la ladera del peñón.

Cerca de la cumbre, distingues a lo lejos a Alfonso Ugarte. Se cruza con Marcelino Varela quien, cargado en hombros, es conducido al hospital San Juan de Dios.

—Ha caído el fuerte Ciudadela. Los del *Regimiento 3º de Línea* han degollado a todos los sobrevivientes —Varela te informa. Está débil—. Mis tropas se han replegado a Cerro Gordo. ¡Si los chilenos toman esa posición todo está perdido!

—¡Iremos para allá! —gira Alfonso Ugarte hacia su batallón—: ¡Síganme!

Pero ya es tarde. Lo ves. ¿Serás capaz de morir por el Perú? Miras angustiado la masacre. Durante unos segundos permaneces quieto, pero reaccionas. Cabalgas rápidamente hacia la pila eléctrica. Aún puedes volar el Morro, piensas. Calculas la distancia. Debes esperar a que la mayoría de enemigos estén al alcance de las explosiones.

Cuando Sáenz Peña llega a la cumbre, Cerro Gordo ha caído y los disparos hacen blanco fácil con su tropa.

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Al Morro! ¡Al morro! —Sáenz Peña ladea con esfuerzo el caballo. Su brazo parece muerto. Al alejarse, observa cómo en la cima de Cerro Gordo el enemigo repasa a los heridos y roba lo que encuentra.

En la pila eléctrica, descubres que el fuerte ya está prácticamente cercado.

¿Serás capaz de morir por el Perú? La pregunta ahora te sorprende. No tienes dudas. Ninguna. Solo sientes furia. Activas la detonación.

Nada. Pruebas otra vez. Nada…

«¡Traición», piensas y maldices al ingeniero Elmore. Ha sido él. ¡Él!

Te equivocas, pero eso no lo sabes.

Alfonso Ugarte llega.

—¡Han cortado los cables! —le indicas y desenfundas tu vieja Lefaucheux—. ¡Vamos!

Los dos entran en medio de la turba. El Morro ya está tomado. Peruanos y chilenos se baten a bayonetas. Los gritos desaforados se confunden en el laberinto de combatientes. Las balas corren. Cuatro mil adversarios les acosan. Ustedes ahora no pasan de cientos de hombres.

—¡El pabellón! —Alfonso Ugarte te señala la bandera que todavía flamea en la cumbre.

—¡Que no caiga! —empiezas a disparar—. ¡Yo lo cubro, coronel!

Los tropas chilenas cercan a los peruanos contra el precipicio.

—¡Ríndanse! —se oye una voz.

—¡Jamás! —vacías el tambor de tu vieja *Lefaucheux*.

Pronto la gresca te envuelve. Recargas tu arma, pero la guardas de inmediato y desenvainas tu sable. Haces aspas con todas tus fuerzas y derribas a varios chilenos.

A un extremo, ves cómo una decena de peruanos son ultimados con las bayonetas mientras una turba de chilenos se empujan entre ellos para robarles las pertenencias a los cadáveres. Y a unos metros, oyes también los gritos de algunos de tus soldados que son lanzados

vivos al precipicio.

Ahora el suelo es un lodazal de color rojo. Cada paso que das se encharca mientras la luz del amanecer llega.

A las 08:30 h. una bala te atraviesa el pecho. Caes. Sin soltar tu sable, tratas de incorporarte. La vista se te nubla. «¡Viva el Perú!», tratas de envalentonar a los que quedan, pero tu garganta se atora con la sangre que te inunda la boca. Toses. Débil, desenfundas tu vieja *Lefaucheux* cuando un grupo de sombras chilenas te rodea.

—¡Maten al viejo! —escuchas.

Por respuesta, alcanzas a dar dos disparos más.

—¡Anciano infeliz! —agoniza uno.

Quedan cuatro balas más en el tambor, pero no alcanzas a disparar.

—¡A él! ¡A él! —ordena envilecido otro.

Rápidamente te rodean, te escupen. Intentas blandir tu sable, pero te la quitan de una patada. Por un instante, recuperas la vista. El claridad del día se insinúa ya sobre Cerro Gordo. Al fondo, distingues a Alfonso Ugarte. Con el pabellón en la mano, arrea enérgico a su caballo disparando a sus perseguidores.

Un violento culatazo te regresa a la oscuridad. Intentas defenderte, pero tu cuerpo no responde. Sientes risas mientras esculcan tus bolsillos.

—¿Y este es oficial? —dice el que más rebusca—. ¡Que ropa más miserable!

Tu chaqueta celeste opaca, propia de todos los artilleros, no tiene charreteras en los hombros ni entorchados en el cuello. No tiene adornos ni florituras, apenas unos galones que distinguen tu rango.

Ya estás en el suelo. Te patean. Sientes los escupitajos en el rostro. De pronto, escuchas los pasos encharcados de alguien que se acerca a la carrera.

—¿Han visto al tipo que iba en caballo?

—Se fue corriendo por allá…

—¡Pero allí no hay nada! ¡Solo está el abismo!

—El muy gallina, quizá pensó que se podía ir volando.

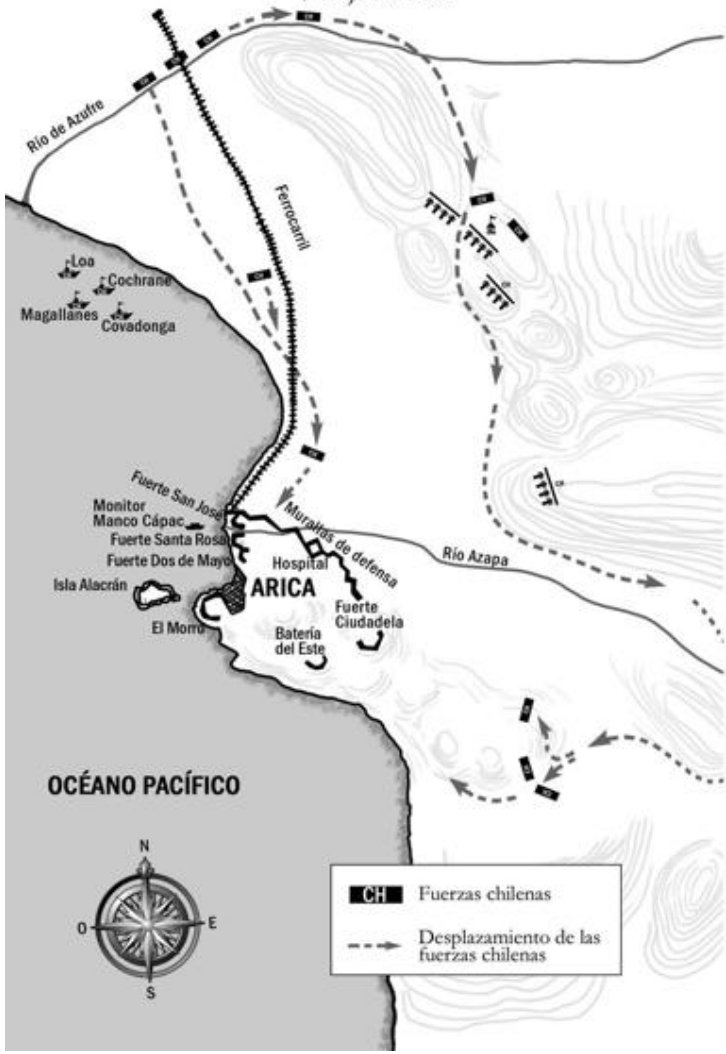
Estallan las risas.

La frase «ir volando» se te queda en la mente. Imaginas la bandera ondeando libre por el cielo de Arica. ¿Serás capaz de morir por el Perú? Ahora ya lo sabes. Ya no hay dudas. Pocas veces los hombres tienen la suerte de conocerse hasta este punto. Sonríes.

—¡Está vivo! —es lo último que alcanzas a oír, cuando, de improviso, un culatazo te destroza la cabeza.

TOMA DE ARICA

7 de junio 1880



Jorge Gundemar

(Lima, Perú, 1951). Ha estudiado Filología Hispánica en España y, actualmente, reside en Zaragoza. Como viajero, ha recorrido Europa, América y parte de Asia, en la búsqueda de historias que después ha utilizado para construir sus diferentes obras.

Ha publicado tanto ensayos académicos, como textos de ficción, sobre todo, novelas, en la cuales establece siempre vínculos entre la Historia y la fantasía.

NOTAS

1 Es el lugar donde se guarda la pólvora y los explosivos. Recibe ese nombre porque Santa Bárbara es la patrona de los artilleros.

Table of Contents

El último cartucho
Créditos
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Jorge Gundemar